

MATHIAS LAVOREL

PERDIDO EN BATTLE ROYALE



UNA AVENTURA NO OFICIAL

MATHIAS LAVOREL

PERDIDO EN

BATTLE

ROYALE

UNA AVENTURA NO OFICIAL

© Editorial Planeta, S.A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com

Publicado originalmente en francés bajo el título: Fortnite - Balade Royale
© 2019, 404 éditions, un sello de Édi8, Paris, Francia.
«Fortnite» es una marca registrada de Epic Games

Ilustraciones del interior: Saboten
© de la traducción: Delivering iBooks & Design, 2019

Primera edición: junio de 2019
ISBN: 978-84-08-20990-4
Depósito legal: B. 9.568-2019
Impreso en España – Printed in Spain

«Fortnite» es una marca registrada de Epic Games. Todos derechos reservados. Este libro no es un producto oficial de Fortnite, o un producto aprobado por o asociado con Epic Games.

Los otros nombres, personajes, lugares y tramas son o bien inventados por el autor o usados de una forma ficcional.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

UN JARRO DE AGUA FRÍA

¡No, no, no! ¡Nooooooooo! ¡Aaaah!

¡Eso no, eso no! No puede ser, todavía no... ¡Soy demasiado joven!

Me llamo Paul. Se supone que iba a cumplir 18 años dentro de unos meses. Pero, en lugar de eso, estoy a punto de morir.

Estoy precipitándome en caída libre, como una piedra desde lo alto de un acantilado. Cada segundo que pasa me acerco más al suelo. No tardaré en estamparme y acabar hecho papilla.

¡Glups...!

Un bicho, o cualquier otro cuerpo extraño, se me acaba de meter en la garganta. ¡Genial! Durante la caída, ya nadie oye mis gritos.

Me pican los ojos y, como el viento me empuja el cuerpo en todas direcciones, me retuerzo a lo bestia, como si

tuviera una araña en los calzoncillos. Ojalá pudiera volver atrás para vivir mis últimos momentos con un poco más de dignidad.

¡Mmmpf, mpppf! ¡Aaaah! ¡Ay!

Con un último esfuerzo, consigo al fin extender los brazos y las piernas a tope. Aunque eso no me basta para volar como un pájaro, al menos ya no parezco el peluche de mi hermana pequeña sufriendo una de sus rabietas. Así, imitando a un agente secreto tipo James Bond, creo que tengo un aire más digno.

Es una pena morir tan pronto, ni siquiera podré conocer esa gran isla que se va desplegando debajo de mí. Tan bonita y colorida, con toda esa vegetación, un lago enorme y hasta un desierto. Diviso ciudades, edificios, granjas, un campo de fútbol y también piscinas. Con lo que me gusta a mí el deporte...

Lo más desesperante de todo es que, hace tan solo unas horas, creía que había conseguido el primer papel de mi vida. Un papel de extra, vale, pero ¡en una superproducción! Me iba a meter en el mundillo, de eso no había duda. Y ya ves, la estrella emergente del cine, llamada a convertirse en un ídolo de masas, ahora está bajando al infierno a toda velocidad. Una carrera que se estrella antes incluso de empezar.



Es muy fuerte cuando lo piensas, pero en una caída libre el suelo se aproxima superrápido. El paisaje se dibuja claramente ante mis ojos, cada vez con más detalle, como si estuviera ampliando una foto con el móvil. Me planteo hacer la cuenta atrás, pero recapacito, porque la idea me acaba pareciendo bastante cutre. ¿Y si consigo dirigir mi caída hacia un árbol grande, un lago o el mar? ¿Me salvaría entonces? ¡Aaaaah, todo va demasiado deprisa! No hay nada que hacer, ¡esto es el fin!

Diez minutos antes

Este autobús me da bastante yuyu. Pero en tan solo unos minutos estaré en un plató de cine y, solo por eso, ¡estoy dispuesto a todo! No sé quién será el ingeniero responsable de este horror de la mecánica, pero una cosa es evidente: está fatal de la cabeza. Ha instalado una turbina con un globo sobre un viejo autobús escolar para hacerlo volar. Oye, colega, ¿no te has enterado de que los sueños infantiles no son para hacerlos realidad? Para disimular el crujido de la chapa, al conductor no se le ha ocurrido nada mejor que poner la música a todo trapo. Así, además de morir cuando esta reliquia se estrelle, nos habremos vuelto sordos. ¡Guay! Sí, soy un quejica, pero cada uno se enfrenta a sus problemas como puede. Yo, personalmente, cuando estoy agobiado me pongo a pensar. Hay como cien per-

sonas a mi alrededor, a cuál más rara. Es un milagro que quepamos todos aquí dentro. Aunque de momento me dejo llevar, sinceramente espero que alguien venga pronto a decirme qué es lo que tengo que hacer.

De repente, todos se levantan, corren a la parte trasera del autobús y empiezan a tirarse al vacío en grupos de diez o quince. La cabeza me da vueltas, me pongo a temblar. ¿Qué están haciendo? Corro hacia una ventanilla y los veo caer en cadena. Vale, seguro que son especialistas de cine haciendo una prueba. Algo normal en el rodaje de una superproducción. A mí también me han dado una mochila al salir, ¡pero no me han dicho nada de tirarme en paracaídas! Vale, ahora soy casi el último que queda a bordo y esto tiene muy mala pinta. Empiezo a arrepentirme de no haber leído más que los encabezamientos de todos esos contratos que me han hecho firmar antes de salir. Ejem...

Vamos a esperar un poquito más.

Un tío apostado junto a la salida me ha hecho una seña para que me acerque. No parece muy simpático, y su sonrisa no me gusta. Me acerco a él pensando en el último helado que me he comido. Es un truco de actor que tengo para parecer tranquilo y sereno. Cuando me tiene a tiro, me agarra por el pescuezo como haría una leona con su cría y ¡zas!, me lanza al vacío sin mediar palabra. Yo miro al cielo y me pongo a gritar:

-¿ES QUE TE VAN A ARRANCAR LA LENGUA POR DECIR ADIÓS?!

Bueno, eso es lo que le habría dicho. Pero no me sale ningún sonido de la boca, ¡y no porque no la haya abierto a tope!

Y así es como me encuentro precipitándome al vacío.

Scruuch... Chiii... Fffft

Antes de que entienda lo que está pasando, la mochila que me han colgado a la espalda antes de despegar se abre con un ruido ensordecedor ¡y se transforma en una especie de planeador! Me dan ganas de gritar, de llorar, de reír. ¡ESTOY VOLANDO! No sé quién ha decidido salvarme, pero ¡está claro que hoy es mi día de suerte! Redoble de tambores...: ¡la estrella emergente ha vuelto!

¡Chooooooooof!

¡Qué agua tan fría! Acabo de aterrizar... o, mejor dicho, de caer rodando, en una charca no más profunda que una piscina infantil. Con tanta emoción, se me había olvidado que la gravedad seguía haciendo su trabajo sin preocuparse de mis insignificantes cambios de ánimo. Bajo la cabeza y me miro el cuerpo. Me palpo las piernas, los brazos, los hombros, mi cara sonriente... Noto la presión de las manos

en el cuerpo, pero sin dolor. En resumen, ¡ESTOY VIVO! Y mojado. Pero vivo al fin y al cabo.

Salgo del agua, una tarea un poco más larga y laboriosa de lo que esperaba. En cuanto pongo los pies en tierra firme, veo que la superficie de la charca está lisa como un espejo. Una ojeadita rápida me basta para comprobar que mi ropa ya vuelve a estar seca. Y, sin embargo, no parece que haga mucho calor, ni tampoco mucho frío. Igual es que casi no me he mojado y me he montado una película yo solo. Para colmo, lo que me había servido de paracaídas ha desaparecido. Que no cunda el pánico, tiene que haber una explicación lógica para esto. Mi mochila era ligera como una pluma, seguro que ha ido a parar a pocos metros de mí, o bajo la treintena de centímetros de agua de la charca. Tranquilo, todo es normal. Eso es que sigo un poco trastornado, me pongo histérico por cualquier cosa. Solo tengo que calmarme y todo saldrá bien. Ahora, ¡en marcha! No estoy aquí para redactar una tesis sobre la permeabilidad de las aguas estancadas.

¡CÁLMATE YA! Todavía no he salido del estado de *shock*. Es eso, le doy demasiadas vueltas a todo, no lo puedo evitar. Bueno, se acabó, no hay que mirar atrás. Me tomo un momento para hacer algunas inspiraciones y espiraciones profundas para relajarme. liinspiraaar leentamennntee... pooor laaaa nariiiizzzz... Hummmmmmm... Espirar rápidamente por la boca... ¡Fffu!

Después de repetir tres o cuatro veces este truquillo que aprendí mirando un vídeo de internet, me siento un poco mejor. Y no es para tanto que no pueda hablar, solo he venido para hacer de extra. Con una última exhalación, relajo los hombros y los músculos en general.

Bueno, ¿cómo está el panorama a mi alrededor? A mis espaldas, hay una granja con varios cobertizos. Por allí ni me acerco: no me gusta mucho el campo. O, para ser más exactos, al campo no le gusto mucho yo. Entre las ortigas, las avispas, las zarzas y todas las cosas de la creación que se empeñan en picarte, pincharte o ponerte enfermo para el resto de tu vida, el mensaje está claro: «¡Quédate en tu casa si no quieres problemas!». Y, la verdad, como en casa, en ningún sitio. Aunque tampoco digo que no a una pequeña excursión, a menos que el guía local sea de los que van por ahí con unas katiuskas y una horca en la mano. No es que tenga nada en contra del típico señor con boina y un cigarrillo en los labios, pero del chucho con manía persecutoria por las piernas del primero que se le acerque, yo paso. Así que, a la granja, otro día será. Si no recuerdo mal, al caer he divisado una estación de servicio no muy lejos. Prefiero arriesgarme con las emisiones de gasolina. A lo mejor allí habrá alguien más o menos dispuesto a ayudarme. Por no mencionar que allí podría comprar chuches, o chocolate, o algún refresco estimulante. Después de una caída así, me lo he ganado.

Vamos allá, por algún lado tiene que haber un gran equipo de rodaje, y lo encontraré. ¡Una gran producción de superhéroes con villanos venidos del espacio para conquistar el mundo no es algo que pase desapercibido! Y yo tengo que participar sí o sí en esa aventura. Al fin y al cabo, ¡ya he firmado! Y, con todos los papeles que he tenido que rellenar, una cosa es segura: tienen mi nombre, y tienen que saber que estoy en camino. Lo mismo están buscándome ya. Solo tengo que llegar a la cumbre de esa pequeña colina que hay enfrente, y después ya veremos. Ganando un poco de altura, tendré una mejor panorámica para orientarme.

Curiosamente, me siento en plena forma y trepo como un cabritillo. Hop, hop, hop, voy dando saltos al escalar por el montículo. Vale, tampoco es que sea la ascensión del siglo, pero ni siquiera me canso. Será por la emoción. Confieso que, aunque no sea muy de campo, me está sentando fenomenal estar al aire libre.

Llego a la cima, que está coronada por algunos árboles. El paisaje es bastante accidentado. Al otro lado de la colina, a la derecha, me parece ver el tejado de la gasolinera, pero enfrente de mí, algo más lejos, hay unas construcciones de lo más raras, con tejados de pagodas, como las de mi restaurante asiático favorito. Esos edificios no pegan nada en mitad del campo, la verdad. Hum... Igual es como esa peli de Bruce Willis que tenía que ambientarse en Francia

y que al final la acción se trasladó a China para llegar a un público más amplio. ¡Fijo que esos tejados forman parte de los decorados de la superproducción! La estrella en ciernes no se ha olvidado el cerebro en casa, y eso es una buena noticia. Adiós, estación de servicio, ¡el barrio chino me espera!

Bajo una cuesta, subo otra..., ¡estoy hecho todo un senderista! Antes no me había fijado, pero en un montículo hay un pequeño templo aislado que ahora me llama la atención. Despide una luz muy misteriosa. Me muero de ganas de acercarme hasta allí de un salto, pero no es plan. No tengo que desviarme de mi objetivo, que es llegar a esa torre de varios pisos que parece un restaurante. Es de suponer que allá abajo habrá más gente, y además no quiero arriesgarme a ofender a un dios que maldecirá a mi familia durante cuarenta generaciones. Sigo un caminito serpenteante, y, cuanto más me acerco, menos diría que ese sitio está habitado. Aunque también se ven una especie de mesas de pícnic que dan al conjunto un aire muy familiar.

De repente, oigo a alguien corriendo dentro del edificio y luego suena un portazo. O mucho me equivoco o la persona en cuestión se pone a bajar rápidamente una escalera. Intento gritar para anunciar mi presencia, pero sigue sin salirme ningún sonido de la boca. ¡Qué rabia! No sé qué me ha pasado al caer, pero voy a tener que exprimir mi

gran talento de actor para explicar con mímica quién soy y qué estoy buscando. Buffff... Con la suerte que tengo, voy a acabar con una camisa de fuerza en una ambulancia.

Me doy cuenta de que, en algún momento mientras pensaba todo esto, los sonidos han cesado. Sigo avanzando, y de pronto oigo una especie de zumbido.

¡Grrrrrrrrrac! ¡Buuummm!

Ha habido una extraña explosión. ¿Estará herida la persona de antes? Voy a tener que darme prisa, porque, en ese caso, cada segundo cuenta. Corro como un poseso hasta la entrada, abro la puerta de una patada y entro sin más. Nadie. Hay unas columnas y una escalera de madera, pero ni un mueble, nada de nada. Oigo un silbido inquietante. Algo me ha dado, y de repente me siento cansadísimo. Me doy la vuelta. La puerta sigue abierta de par en par detrás de mí, y me parece ver a alguien. Un segundo silbido, y todo se vuelve borroso. Antes de entender lo que me ha pasado, pierdo el conocimiento.